

[Imprimir Página Web](#)

Nuevo frente terrorista en el sudeste asiático

Alberto Pérez Moreno

ARI Nº 82-2002 - 22.10.2002

La cadena de atentados sufridos en el último mes confirma que Al-Qaida y los grupos terroristas afines conservan una cierta capacidad operativa a pesar de las acciones emprendidas en la lucha antiterrorista. La masacre de Bali supone un salto cualitativo y hace pensar en la apertura de un nuevo frente con base en Indonesia. La difícil situación interna de este país ha hecho que, hasta ahora, el gobierno indonesio haya sido muy débil con los grupos radicales islámicos, que ha facilitado la existencia de células terroristas. El comportamiento de los musulmanes moderados, que son mayoría en el país, será decisivo en la lucha contra el terror. Una lucha que será larga y requerirá el apoyo y comprensión de Occidente.

El atentado de Kuta, que costó la vida a cerca de 200 personas, junto con otras pequeñas explosiones ocurridas al lado de un "edificio consular estadounidense" en Denpasar, la capital de Bali, y en el consulado filipino de Manado en Sulawesi, han devuelto al primer plano de la actualidad al terrorismo internacional de la red Al-Qaida.

La importancia del atentado de Bali radica, por una parte, en la magnitud de la masacre y el eco que ha tenido en todo el mundo, pero por otra, y tal vez más significativa, por suponer la reapertura de un nuevo frente terrorista en el sudeste asiático que se une al ya establecido en Filipinas y alienta las sospechas de la capacidad operativa de Al Qaeda en la región.

Aunque aún es pronto para señalar con certeza a los responsables de la matanza, todo hace pensar que se trata de una acción ejecutada, o al menos inducida, por Al-Qaida en conexión con alguna célula terrorista del país. El tipo de explosivo empleado, C-4, el lugar escogido para la matanza y el hecho de producirse otras pequeñas explosiones en la zona, apuntan a que se trata de una acción perfectamente estudiada y realizada por expertos.

No obstante, este nuevo atentado no debe sorprender demasiado, puesto que, en el corto espacio de un mes, se han producido cinco atentados terroristas en países o zonas de mayoría musulmana. Esto prueba que la fuerza de Al-Qaida no reside tanto en sus células y grupos terroristas afines, como en su capacidad de influir en algunos estratos de la sociedad musulmana, cuna del islamismo radical.

La serie de atentados

En el sudeste asiático, Indonesia ya tuvo un primer aviso el 23 de septiembre al hacer explosión un coche bomba cerca de la embajada de EEUU en Yakarta. Entonces no hubo víctimas, excepto el conductor del vehículo, y las autoridades no se decidieron a actuar contra los grupos musulmanes radicales por temor a los enfrentamientos y disturbios que podían provocar las detenciones.

En Filipinas, Zamboanga, la capital de la isla de Mindanao, ha sufrido dos atentados en quince días. El 2 de octubre, una bomba de fabricación casera causaba dos muertos y 21 heridos en un bar frecuentado por tropas norteamericanas. Poco después, el 17 de octubre, dos explosiones en el centro comercial de la ciudad ocasionaron cinco muertos y más de cien heridos. Se debe destacar que esto se produce a pesar de la alerta decretada en toda la región tras el atentado de Bali.

En otro escenario, en Oriente Medio, el 6 de octubre se produjo una explosión en el petrolero francés Limburg frente a las costas de Yemen. El accidente parece probado que se debió al abordaje de una barcaza cargada de explosivos. Dos años antes, se produjo un hecho similar con la fragata norteamericana Cole en estas mismas aguas. Dos días más tarde, el 8 de octubre, eran abatidos a tiros dos marines en Kuwait.

Todos estos hechos avalan la teoría de la existencia de una red, o al menos conexiones entre grupos terroristas vinculados a Al-Qaida, que disponen de medios y voluntad para llevar a cabo atentados en distintos países, especialmente en aquéllos del mundo musulmán donde existen grandes desigualdades sociales y pobreza. Los casos de Yemen y Kuwait pueden considerarse significativos.

Yemen ha sido, y continua siendo, un país anárquico en el que han encontrado refugio militantes de Al-Qaida tras el derrocamiento de los talibanes. Los esfuerzos realizados por el gobierno de Sanaa no han dado fruto. Ya han detenido a más de un centenar de personas sospechosas de simpatizar con el integrismo, pero la realidad es que las autoridades yemeníes no controlan el interior del país. La montañosa orografía de la zona facilita la existencia de bandas tribales dedicadas tradicionalmente a la extorsión y al pillaje que fácilmente pueden colaborar con Al-Qaida.

Aunque Yemen ha contado en los últimos meses con asistencia norteamericana en la lucha antiterrorista, tampoco ha sido suficiente. El alijo de 300 kilos de explosivo Semtex, apresado en Sanaa en agosto así lo prueba, y por ello EEUU se ha planteado el envío de nuevos efectivos de fuerzas especiales y elementos de la CIA para desarrollar operaciones encubiertas.

Kuwait también presenta un buen caldo de cultivo para enrolar a integristas islámicos. La población de aluvión de origen musulmán que realiza los trabajos más bajos, no goza de ninguna de las prerrogativas de los kuwaitíes y vive rodeada de lujo, fácilmente puede ser captada para "luchar" contra los occidentales.

El caso de Filipinas es diferente. La lucha secular de los "moros" del sur de Mindanao por la libertad e independencia es un problema más complejo cuyas raíces se confunden con la historia del archipiélago.

La autonomía, concedida por Manila en 1990, no ha logrado la pacificación de la región ni la integración del Frente Moro de liberación (MNLF) y otros grupos islámicos. La parte meridional de Mindanao y las islas de Jolo y Basilan

siguen siendo zonas incontroladas donde se producen frecuentes escaramuzas entre las fuerzas del orden y los grupos rebeldes. La aparición de Abu Sayaf, un pequeño grupo escindido del movimiento moro con fuertes lazos con Al-Qaida, ha venido a complicar aún más el panorama.

El envío el pasado mes de enero de un contingente norteamericano de mil hombres y la creación de un Mando Conjunto convertía a Filipinas en uno de los puntos en los que EEUU intervenía directamente en la lucha contra el terrorismo. La potencia de los medios norteamericanos, unida a la voluntad de Manila de acabar con el terrorismo, hacía pensar a algunos en la rápida aniquilación de los grupos de activistas. Los últimos atentados de Zamboanga muestran que esto no se ha producido. Pero no debe extrañar, porque las complejidades que entraña la lucha antiterrorista son muchas y exige medidas de diversa índole.

Es posible que la lucha armada emprendida contra Abu Sayaf consiga anular esta facción, pero lo que ya es más improbable es que la acción militar, por sí sola, consiga erradicar el terrorismo. La lucha antiterrorista exige atacar las causas, y éste es el gran problema que muchas veces se olvida. La presidenta de Filipinas, Gloria Macapagal, lo resumía perfectamente en su discurso en el Instituto Internacional de Estudios Estratégicos (IISS): "el terrorismo no desaparecerá totalmente de Filipinas, o de otros países pobres, a menos que erradiquemos su caldo de cultivo, que es la pobreza".

La fuerza de Al-Qaida en Indonesia

Estos días se especula sobre los vínculos que pueden existir entre los distintos grupos radicales islámicos indonesios y la organización Al-Qaida. También se baraja la hipótesis de una célula de dicha red desplazada al archipiélago para cometer el atentado. Estos razonamientos olvidan lo principal: la identidad de Al-Qaida. Tanto en un caso, como en otro, se trataría de Al-Qaida.

Al-Qaida no parece ser una organización jerarquizada, con una estructura monolítica cerrada. Por el contrario, se trata de un entramado que aglutina en red a una serie de elementos muy diversos. Por una parte, pequeñas células dispersas que gozan de una gran autonomía. Por otra, grupos terroristas que les son afines y por último, elementos islamistas radicales que comparten su ideología. Lo que verdaderamente les une y les permite actuar con una cierta coordinación, son sus creencias, su fanatismo y sus fines.

En este sentido, no es muy relevante si los ejecutores materiales del terrible atentado de Bali han sido miembros de una célula exterior o grupos terroristas indígenas. Lo verdaderamente trascendente es analizar si la grave situación que atraviesa Indonesia pueden convertirla en base de operaciones para realizar acciones terroristas en su territorio, e incluso, en las naciones de su entorno.

Los males que aquejan a Indonesia son de muy diversa índole. En el aspecto económico tiene una deuda externa de 140.000 millones de dólares, similar al PIB; la inflación ronda el 17%; existe falta inversión y la corrupción es manifiesta. En lo social, la pérdida de poder adquisitivo, unida al desempleo, que llega al 20%, y un colectivo de 60 millones que viven en la pobreza, hace que la situación sea inestable.

Pero con todo, tal vez lo más significativo, por sus repercusiones en la lucha antiterrorista, sea el peligro de desintegración territorial de un país que agrupa a más de 300 grupos étnicos en 13.000 islas.

La independencia de Timor Oriental en 1999 ha agravado los conflictos étnicos, los de carácter religioso y los secesionistas, que desde hace décadas vienen manifestándose en distintos puntos del archipiélago.

En la provincia de Aceh, en el extremo occidental de Sumatra, continua la violencia y los enfrentamientos entre el ejército indonesio y el Movimiento Aceh Libre (GAM). Se trata de una de las regiones potencialmente más ricas del país. En 1997 proporcionaba a las arcas nacionales un 17% de los ingresos por exportación de petróleo y gas natural, sin embargo sólo recibía un 3% de estos ingresos. Esta injusticia económica, sumada a la corrupción y al nepotismo imperantes ha hecho que crezca el resentimiento contra el poder central y busquen la independencia. Aceh puede vivir separado de Indonesia pero ésta no puede permitírselo.

En el otro extremo del archipiélago, Irian Jaya, la parte occidental de Papúa Nueva Guinea, también existe un movimiento separatista activo, el Movimiento Papúa Libre (OMP), que en 2001 ha recrudecido su lucha por la independencia.

En las Molucas y las Célebes las luchas entre cristianos y musulmanes se han ensangrentado los últimos años, produciendo numerosas víctimas y atropellos. Allí actúa la guerrilla islámica del radical Laskar Yihad, uno de los grupos más violentos que al parecer cuenta con miles de militantes.

Por último, en Kalimantan, el sector oeste de Borneo, las luchas entre la población autóctona, los dayaks, y los inmigrantes de la vecina isla de Madura se han saldado con más de 400 muertos en los últimos tiempos.

Este panorama de conflictos, que pone en riesgo de desintegración la unidad nacional, es uno de los factores que posibilita la existencia de grupos terrorista en suelo indonesio. Las facilidades que ha podido encontrar Al-Qaida para implantarse en Indonesia y crecer en un futuro, ha venido dada, en gran medida, por el apoyo prestado a los movimientos secesionistas y a los grupos radicales islámicos enfrentados a las minorías cristianas.

La evolución que tenga el islamismo conservador de la mayoría del pueblo indonesio será otro de los factores que influirán en una mayor o menor influencia de Al-Qaida en Indonesia.

El Islam en Indonesia

Si algo ha caracterizado al Islam de Indonesia desde hace siglos ha sido la moderación y la tolerancia. Se trataba de una adaptación de la fe musulmana acorde con la forma de entender la religión el pueblo indonesio, sus costumbres y creencias ancestrales.

Con todo, había diferencias en la forma de entender el Islam. Mientras el del antiguo Sultanato de Aceh era más ortodoxo y riguroso, como consecuencia de su implantación en la zona desde el siglo XIII, el de Java, la isla más poblada, era mucho más heterodoxo y flexible, al estar impregnado del animismo propio de los pobladores autóctonos.

La misma heterogeneidad de la población indonesia, su dispersión y pujanza económica, parecía una barrera que la

librería de los fundamentalismos y extremismos islámicos. Pero el vacío de poder tras la caída de Suharto en 1998, junto al deterioro de la economía y la estabilidad social del país, han modificado el panorama del Islam indonesio y han propiciado la aparición de grupos radicales de distinta entidad y objetivos que los recientes atentados han puesto de actualidad.

Entre estos grupos, la Jemaa Islamiya ha sido el primero que ha despertado sospechas por las conexiones de su dirigente, Abu Bakar Bashir, con miembros de Al-Qaida. El objetivo del grupo de crear un Estado Islámico que englobe Indonesia, Malasia, Singapur y la isla de Mindanao, así como sus antecedentes, también le sitúan como posible ejecutor del atentado. A pesar de ello, su dirigente, que goza, por el momento, de libertad de movimientos en Indonesia, ha negado cualquier relación con el atentado.

Otro grupo, el ya citado Laskar Jihad, que agrupa a 15.000 guerrilleros, se ha apresurado a anunciar su disolución ante el temor de sus dirigentes de sufrir detenciones. También en este caso se presupone que podría tener relación con la red Al-Qaida.

Menor importancia tiene el Frente de los Defensores del Islam (FPI). Es un grupo integrado por jóvenes que no buscan la creación de un Estado Islámico sino simplemente que se viva y se cumplan las leyes musulmanas. Actúan atacando los bares en Yakarta y no parece que tenga conexiones exteriores.

Darul Islam fue el primer grupo radical indonesio, pero a mediados de los años cincuenta fue anulado por el ejército. No parece probable que mantenga una actividad notoria ni conexión alguna con Al-Qaida.

Estos son los grupos conocidos, pero, sin duda, existen otros más difusos que pueden ser la conexión de Al-Qaida en el país. No obstante, siguen siendo mayoría los musulmanes indonesios que promueven un Islam tolerante y abierto. Las dos principales organizaciones musulmanas, Nahdlatul Ulama y Muhammadiyah, que agrupan a cerca de 70 millones de seguidores, son de carácter moderado. Estas organizaciones son la que pueden frenar la expansión del islamismo radical y la ideología que lo sustenta. Para ello tendrán que lograr el control de la educación y las mezquitas.

Consecuencias del atentado

Los efectos del atentado de Bali no han tardado en manifestarse en Indonesia. Con la aprobación de una ley antiterrorista parece haber terminado la debilidad mostrada hasta ahora por el gobierno de Yakarta para enfrentarse a los extremistas islámicos.

Las presiones diplomáticas y el riesgo de verse aislada han podido más que el temor a que una política excesivamente dura pueda desembocar en una rebelión generalizada o, al menos, en la pérdida del apoyo de los partidos islámicos.

En el ámbito regional, Australia ha sido la nación más afectada, no sólo por ser australianas la mayoría de las víctimas, sino por ver cómo se aproximan las acciones terroristas a su territorio. De aquí su "apoyo incondicional" a la guerra contra el terrorismo y su disposición a establecer una colaboración más estrecha con los países del área.

Para EEUU, el atentado ha servido para reafirmar la necesidad de combatir al terrorismo internacional en todo el mundo, pero, al mismo tiempo, ha puesto en duda la prioridad concedida a un ataque contra Bagdad y es probable que ralentice su ejecución. España, por su parte, ha visto reforzada su posición de actuar contra el terrorismo en cualquier lugar y con todos los medios disponibles.

El 11-S pasó sin graves incidentes, pero esta cadena de atentados ha puesto de manifiesto que vencer en la guerra contra el terror es una tarea compleja, y además costosa, que exige tratar las causas y no los síntomas.

El Real Instituto Elcano de Estudios Internacionales y Estratégicos es una fundación privada e independiente cuya tarea es servir de foro de análisis y discusión sobre la actualidad internacional, y muy particularmente sobre las relaciones internacionales de España. El Real Instituto Elcano no comparte necesariamente las opiniones manifestadas en los documentos firmados por sus analistas o colaboradores y difundidos en su página web o en cualquier otra publicación.